

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

Por EMILIO BARRETO

José María Chacón y Calvo fue doctor en Leyes y en Filosofía y Letras. Desplegó todo su caudal como escritor y animador cultural en la presidencia del Ateneo de La Habana, en la dirección de la Academia Cubana de la Lengua, al frente del Instituto de Cultura Hispánica, y como decano de la Facultad de Filosofía y Letras en los primeros años de la Universidad Católica de Villanueva. (Después fue profesor de literatura cubana hasta 1960 en que cerró ese centro de altos estudios.) Sin embargo, tan docto magisterio habría sido meramente cuantificable si Chacón no lo hubiese desempeñado con la cualidad distintiva de su espiritualidad: la evocación literaria iluminada por la fe, que consiguió hacer del corazón del escritor un manantial inagotable de amor, de cercanía, de acogida, de sensibilidad hacia el prójimo.



La evocación literaria, o semblanza, es un género que facilita el acceso del lector al centro de la psicología del escriba, pues éste se deja ver en las frases y las palabras recurrentes, así como en el nivel de escogencia en relación con el sujeto de estudio. Chacón y Calvo, por ejemplo, no vacilaba en llamar a Martí el “hombre angélico de Cuba”.

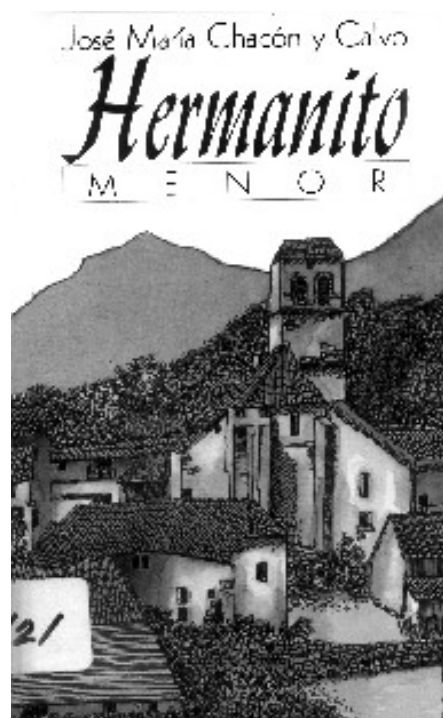
Quienes conocieron bien a Chacón, y le frecuentaron en los ambientes académicos de La Habana, o de España, donde se hizo habitual, tuvieron la posibilidad de palpar la similitud entre el elogio martiano traído a colación y la calidad humana del propio Chacón. Para José Olivio Jiménez, por ejemplo (*Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*. Vol. XI. No. 1. Enero-Diciembre de 1964, p. 5), Chacón y Calvo poseía la sutil capacidad de valorar en los demás un don que a él le fue dado como *gracia evangélica*.

Esa *gracia* no consistía en la práctica de un rito de abracadabra para la fructificación del trabajo cultural. Ciertamente, la *gracia evangélica* se traducía en un caer bien entre quienes le rodeaban, en la manifestación espontánea del carisma del líder, pero no del propagandista a la manera del agitador cultural. Chacón, también es verdad, podía ser –y de hecho lo era– un estratega entusiasta de los pasos rectos y seguros de la cultura, dádiva a la que supo impregnarle cordialidad y sencillez innatas, y, sobre todo, una disciplina de tintura franciscana en la promoción cultural, mucho más en la literatura. De igual modo, no escatimó pasiones reverenciales, pero muy altruistas, de ribetes carmelitanos, cuando se trataba de emanar lirismo a través de la palabra hablada o de la letra impresa. Ello le valió para, de modo análogo, agradecer los halagos y sortear las críticas, incluso cuando éstas arrojaban desamores. Pero ahí estaba la gracia evangélica de Chacón, ese don lo habilitó para existir desde su

corazón, donde moraron siempre la verdad y la nobleza.

Con esos atributos, Chacón dio testimonio de mediador hábil en la animación cultural. En 1934 se hallaba en la Dirección de Cultura de la República. Luego de la epopeya de 1933, llegaba a su fin en las altas esferas del país la *historicidad* para recobrar reinado el afán político (o *politicidad* —¿debiera decir más bien *politiquería?*—). Entonces los cubanos desperdiciábamos millones de glóbulos rojos en las rencillas intestinas, las riñas palaciegas y los “duelos” de pasillos protagonizados por muchas de las figuras públicas. El mundo de la cultura, igualmente, se vio intoxicado por ese mal. Las llagas de la desunión comenzaban a ser fétidas y purulentas cuando Chacón y Calvo se entregó a la misión de volver a congregar a los hombres de la cultura cubana del momento.

Un año más tarde, la gestión ya había dado frutos. Entonces la intelectualidad decidió homenajear al conciliador que halló espacio en el recinto de la cubanidad para todos los pensadores y promotores de la época. Esa proeza de la mediación política es probablemente la nota más alta en el legado de José María Chacón y Calvo. Otro escritor descollante, Lino Novás Calvo, se dedicó, con visible gusto, a moldear en vocablos de oro los quilates de aquella gestión: “un gobierno militarista le encargó la Dirección de Cultura, y con su palabra, su ejemplo y amor, atrajo a los hombres de los cuatro puntos extremos y cardinales y en su Departamento se dieron la mano (aun cuando afuera se dieran de tiros)”. José María Chacón y Calvo vivió bajo el signo de la hispanidad. Así disfrutó de una sed insaciable de ilustración. Muy bella fue su labor como publicista cuando el cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, en sus tiempos de arzobispo de La Habana, preparaba su discurso de aceptación como miembro de la Academia Cubana de la Lengua primero, y después cuando se aprestaba a celebrar sus Bodas de Oro Sacerdotales. Para los cincuenta años de sacerdocio del cardenal Arteaga, Chacón escribió un artículo de carácter jubilar (“El cardenal Arteaga y la Academia Católica de Ciencias Sociales”) que se editó en el folleto *El Jubileo Sacerdotal del cardenal Manuel Arteaga*.



No por razones puramente letradas he mencionado el *signo de la hispanidad*. Chacón nació en 1892, año del cuarto centenario del Descubrimiento de América por el Almirante Cristóbal Colón, al servicio de la Corona de España. Ya en su plena madurez, Chacón y Calvo era reconocido como un puente intelectual entre Cuba y España. Estamos en el 2005: cuarto centenario de la primera edición de la novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, obra cumbre de las letras españolas. Esa es otra razón para recordarle.

Después de 1959, José María Chacón y Calvo permaneció en Cuba, plenamente ocupado en su cargo de director de la Academia Cubana de la Lengua y en la continuación de una extensa obra como articulista. En 1962 llegó a los 70 años de edad. En 1964 fue agasajado por la intelectualidad cubana en ocasión de cumplir cincuenta años de trabajo en la cultura. Hasta su muerte, ocurrida en Cuba, estuvo promoviendo la creación literaria de sus coetáneos y rescatando la de los ausentes.